

Papá, ya te estás bajando de ahí

Papá, ya te estás bajando de ahí

Francisco González

Obra ganadora Premios Otoño Villa de Chiva en su XXII edición. Año 2012

I

*(Escenario vacío. Tan sólo un bote negro en el centro. Aparece **BELÉN**. Viste elegante, de unos 40 años, no es rica pero vive bien. Recoge el bote y camina con él hacia el proscenio)*

BELÉN: Hola, me llamo Belén Serrano *(pausa)*. Belén Serrano... ¿No les suena? Que sí, Belén Serrano. Gané el premio Planeta hace unos años. Bueno, quedé segunda detrás de Juan del Val. Pero mi libro tenía frases subordinadas. Se llamaba “Papá, ya te estás bajando de ahí”. ¿Tampoco les suena? Ya, que no son de mucho leer. Son ustedes de ese tipo de “lectores” que no se leyeron el manual de la lavadora porque dijeron: ya nos enteraremos de qué va cuando hagan la película. Pues de mi libro ya la tienen. Bueno, no es una película, sino una obra de teatro. La verdad es que ofrecí mi novela incluso incluso a Netflix para que hicieran una serie pero me dijeron que una película con mi libro ganaría dinero y eso va contra el espíritu del cine español. Lo único que he conseguido es que se haga una adaptación teatral, que es la que van a poder contemplar a continuación. Para serles sincera, no es lo que más ilusión me hacía, pero, al menos, es en 3D, como las mejores películas.

“Lorca, Alfonso Paso, Jardiel Poncela, Mihura todo el mundo sabe quiénes son pero, ¿quién conoce a al escritor que ha adaptado mi libro a esta obra? ¿Sus padres? Estoy segura que después de ver lo que ha hecho con mi libro, es posible que hasta ellos nieguen que le conocen. No hay más que ver la escenografía que ha ideado *(señala el escenario vacío)*. Luego comprobarán que el texto ha perdido frescura en los diálogos y que incluso se han eliminado capítulos enteros. En todo caso, no los echarán de menos porque estoy segura que ustedes, si han comprado alguna novela, fue la de Juan del Val. En tal caso, si les gustó la mediocridad de su libro, disfrutarán de esta obra. Yo misma la habría adaptado pero, si bien como novelista no tengo parangón, como dramaturga, no destaco tanto, más por falta de interés en el teatro que por falta de talento, que me sobra para eclipsar a los autores que antes mencionaba. Pero demos paso sin más introducción a la obra no sin antes recordarles que, al finalizar, estaré firmando ejemplares de mi libro a la salida. *(Pausa. Toma el bote de las cenizas, un bote negro, de unos veinte centímetros y lo muestra)*. Y éste es el bote que... Ah, claro, es verdad, que no leyeron mi libro. Pues éste es el protagonista de la historia. *(Lee)* Federico Marín, 1954-2003. Sí, es lo que parece, contiene cenizas. De Federico, claro. La otra protagonista es Marta. *(Aparece **MARTA**, sobre treinta años, ropa insulsa, pelo sin arreglar, gafas de pasta)*. Marta es una mujer trabajadora, muy trabajadora, tanto que no se hará rica trabajando.

“Marta, además, vive con su madre, por lo que se puede decir que sus encuentros sexuales se reducían a la regla mensual. Un día, su sobrina de diez años le pidió que le explicara el aparato reproductor masculino para la clase de ciencias y, al abrir el libro dijo: ah, es verdad, era así.

*(Entran **MARTA** y su **MADRE**. **MARTA** viste con chándal, igual que su **MADRE**. A ninguna les queda bien. Llevan ambas la cara embadurnada con crema. La **MADRE** lleva, además, una rejilla con rulos. Entran una palangana con ropa lavada)*

MARTA: Te has puesto mi crema. Mamá, que cuesta cuarenta euros y tú la gastas toda rellenando las arrugas.

MADRE: Que no, que es la mía.

MARTA: Es la mía.

MADRE: Que no.

MARTA: ¡Mamá!

MADRE *(Unta un dedo en la crema de su cara. Lo chupa)*: Es la mía *(**MARTA** unta su dedo en la crema de la cara de su **MADRE**, lo chupa.)*

MARTA: Es mi crema.

MADRE (*Sale*): Lo que tú digas.

MARTA (*Misma acción sobre su cara*): Pues tiene razón, es la suya.

(*La MADRE entra con otra palangana en la que dejarán la ropa ya doblada*)

MADRE: ¿Vas a salir?

MARTA (*Se señala la ropa*): ¿Tú me has visto?

MADRE: Ay, como te has peinado...

MARTA: ¿Tú me has visto?

MADRE: Peor pinta has tenido alguna vez que saliste.

MARTA: No, mamá, no voy a salir. De hecho, ayer llegué casi a las once, ya lo sabes, porque me quedé trabajando hasta tarde. Me fui la última porque, además, era el cumpleaños de un compañero, todos se fueron a cenar juntos y a mí no me dijeron nada.

MADRE: Hija, trabajas demasiado. Ni que fueras a heredar la empresa. En todo caso, mejor si no sales, que no me gusta quedarme sola.

MARTA: Sabes que no te dejo sola.

MADRE: Mentirosa, todos los días, que te vas a las ocho y vuelves cuando ya me he acostado. A saber con quién estás tanto tiempo.

MARTA: Mamá, que me voy a trabajar.

MADRE: Ya, claro.

MARTA: Pero, ¿de dónde crees que sale la ropa que te pones, o lo que comes, o esto (*señala la ropa que doblan*)...

MADRE: Del Carrefrús, hija, que te veo cuando lo compras.

MARTA: Ay, mamá.

MADRE: Esta casa es muy grande y, si no estás, aún parece más.

MARTA: Por eso está en venta, lo sabes, pero no aparece comprador.

MADRE: Si hablaras con una inmobiliaria...

MARTA: Está ya a la venta en una inmobiliaria, pero no está el mercado para ventas.

MADRE: Ah, qué bien. Por cierto, ahora que lo dices, esta mañana han llamado de una inmobiliaria.

MARTA: ¿De cuál?

MADRE: Ay, no sé. A ver si va a ser por lo de la casa. (*MARTA deja de doblar inmediatamente, saca el móvil y llama*) Vaya, qué coincidencia, en cuanto me has hecho caso en lo de la inmobiliaria, nos llaman.

MARTA (*Habla por el móvil*): ¿Verónica? Oye, perdona que te llame a estas horas, pero mi madre me lo acaba de decir... ¿En serio? No sabes la alegría que das. Un comprador, con lo mal que está el mercado... Pero, la oferta, ¿es en firme?... Ay, gracias Verónica. Mañana sábado no abris, ¿verdad? ¿El lunes?... Es cierto, es festivo. Pues el martes paso por la inmobiliaria para cerrarlo todo. (*Cuelga. Abraza a su madre*) Mamá, que tengo comprador.

MADRE: Ay, hija, nos falta el dinero pero, de ahí a que te compren... Un poco de dignidad.

MARTA: La casa, que compren la casa.

MADRE: ¿La casa? Ay, ahora que me había hecho a ella... Ya había encontrado por fin el

cajón de la ropa interior. El de arriba de la cómoda.

MARTA: Como que llevamos treinta años viviendo aquí.

MADRE: No quiero irme.

MARTA: ¡¡Mamá!!

MADRE: Desde esta ventana se ve un parque con niños jugando. ¿Ves? Ese del gorrito siempre juega de portero y se tropieza con las piedras que ponen de portería.

MARTA: Nos iremos a una casa más pequeña, nos llevaremos el mueble con tu ropa interior y, si hace falta, nos llevaremos al niño ése del gorrito para que juegue de portero delante de casa.

MADRE: No, eso no.

MARTA: Vale, pues el niño se queda.

MADRE: No, digo que el mueble con la ropa interior no, que ya está usada.

MARTA: Mamá, desde que cerramos la panadería, debemos mucho dinero y sabes que vender la casa para irnos a una nueva, más pequeña, más barata, nos salda las deudas. Tenemos que irnos.

MADRE: Pero yo no quiero irme. Si estuviera aquí tu padre no nos iríamos.

MARTA: Papá se murió hace mucho.

MADRE: No se murió, se fue.

MARTA: Para mí se murió.

MADRE (*Cayendo en algo*): Ay, no, si tu padre estuviera aquí sí nos podríamos ir. Precisamente por no estar es cuando no podemos irnos.

MARTA: ¿Qué dices?

MADRE: La casa está a su nombre.

MARTA: ¡¡Cómo?? No me digas que, ahora que encontramos comprador, no se puede vender porque el dueño legítimo no puede firmar.

MADRE: Pues así es.

MARTA: No será una estratagema tuya para no marcharnos.

MADRE: Si soy la primera que se quiere ir...

MARTA: Pues a ver cómo vendemos esta casa si hace casi treinta años que papá se fue y está en paradero desconocido desde entonces.

MADRE: ¿Marcharnos de esta casa? Si es en la que os crié. Me vas a matar a disgustos (*Sale llorando secándose con una sábana que doblaban*)

MARTA: Mamá, mamá. (*La sigue*) Que esa sábana estaba limpia. (*Sale. Vuelve al momento con una caja grande. Rebusca en ella y no parece encontrar lo que quiere*) Mamá, mamá. (*No contesta pero le pregunta*) ¿Has tirado algo de la caja de papá?

MADRE (*Desde fuera*): El papá se fue hace años, hija.

MARTA: De la caja en la que guardamos sus cosas, de cuando le buscábamos. Es igual, ya lo miro yo.

BELÉN: El padre de Marta había desaparecido hacía casi treinta años cuando Marta tenía... bueno, no está bien decir la edad de una mujer. Digamos que cuando se marchó le faltaban dos años para tener ocho. Salió a por tabaco antes de cenar y no volvió. Su mujer pensó que habrían cerrado el estanco y que había ido a uno del otro barrio pero, cuando pasó un mes sin

volver, decidió que ya era hora de quitar su plato de la mesa.

MARTA: Mamá, la cinta sí que está (*saca una cinta de VHS*) pero no encuentro la postal.

BELÉN: La cinta es de un programa de televisión que se llamaba “Ni debajo de las piedras”, en el que se enorgullecían de encontrar al familiar deseado aunque estuviera tan escondido como rezaba su título y al que acudieron unos años antes con la esperanza de saber algo de él. Pero la búsqueda no dio resultado. (*Imita la voz de un presentador*) Estamos aquí con Adelaida Ruiz que ha venido buscando a su marido, desaparecido desde hace años.

MADRE (*Ha entrado y se han sentado las dos sobre el baúl*): Federico, cariño, vuelve, como si nada hubiera pasado, que veinte años no son nada. O dinos al menos dónde escondiste la llave de la despensa que hay algo dentro que huele mal y creo que se pudrió el queso. (*Llora*)

MARTA: Vuelve, papá, vuelve, que te queremos a nuestro lado. El odio es un sentimiento feo, muy feo, y, sobre todo, inútil. Porque, donde esté la venganza... (*BELÉN vuelve al proscenio y MARTA rebusca en el baúl*). Mamá, ¿qué es esto? (*Saca un trozo de tela todo anudado*).

MADRE: ¿El qué?

MARTA: Este pañuelo, que está lleno de nudos.

MARTA: San Cucufato, las pelotas te ato, hasta que no aparezca, no las desato.

MARTA: Mamá, se ata un pañuelo cuando se pierden las llaves o unos pendientes, pero cuando es una persona esas cosas no sirven.

MAMÁ: Por eso no usé un pañuelo. (*La madre tira de la tela y saca toda una sábana llena de nudos. Saca también un crucifijo*)

MARTA: Nunca he entendido la inutilidad de buscar en el más allá lo que no se entiende en el más acá. (*Sigue buscando*) Ah, sí, aquí está (*saca una postal*).

BELÉN: No hubo suerte con el programa, no le encontraron, aunque, sí tuvieron respuesta: el padre les envió una postal con unas vistas de un pueblo llamado Villar del Manso y con una frase concisa y firme: No me busquéis más.

MARTA: ¿Tú crees que seguirá en ese pueblo? Ni siquiera sabemos si estaba allí entonces o la compró mientras viajaba. Ha pasado mucho tiempo, pero no tenemos más pistas. Así que, por aquí tendré que empezar. Mamá, me voy a buscar a papá: cojo una muda limpia. (*Deja la tarjeta en la caja y sale con el baúl*)

MADRE (*Saliendo*): Vale, pero mejor si no coges la muda del primer cajón de mi cómoda.

II

BELÉN: Villar del Manso es un pueblo agrícola metido entre montañas, pero a pocos kilómetros del Mediterráneo. Tiene unos dos mil habitantes que se dedican, además de a la agricultura, a la fabricación artesanal de zuecos de barro, que tienen como principal característica que no se pueden mojar porque se deshacen. Bueno, pues hacia ese pueblo partió Marta la tarde de aquel viernes en su Seat Panda de cuarenta caballos. Pero el coche, acostumbrado a salir sólo los domingos y en trayectos cortos, bastante hizo con recorrer trescientos kilómetros teniendo en cuenta que contaba con tan sólo cuatro marchas y que no había bajado en todo el camino de ciento veinte. Así que, al llegar al puente que da entrada al pueblo, decidió que ya era momento de descansar. Allí, sobre el puente, Marta abrió la tapa del motor y miró en su interior. Todos hacemos lo mismo, quizá esperando que haya un rótulo luminoso, con luces rojas intermitentes señalando el lugar de la avería. Como eso no

sucedío, tuvo que esperar a que un amable campesino remolcara el coche con su tractor hasta el único taller del pueblo.

(Entra el MECÁNICO. Es un chico joven, con una bata blanca, inmaculada. Habla por teléfono. En la otra mano lleva una taza)

MECÁNICO *(Algo amanerado)*: ¿Cómo dices que se llama?... Marta. Vaya, una clienta, todo un reto... ¿De capital? Uy, eso sí que me pone. Tendré que esmerarme más. Le haré un trabajo que la van a envidiar donde vaya... ¿Para su coche? ¿Que viene por el coche? Ay, pues yo pensaba... Toni, ya te he dicho que para asuntos de mecánico no me llames. Si estuviera mi padre. ¿Y la traes o...?... ¿En la puerta? ¿Has dejado a la mujer en la puerta? Pero, ¿qué crees que es esto? ¿Un orfanato de película?... Por mucha prisa que tengas no son maneras... ¿Y qué hago si me pregunta?

(Entra MARTA. El mecánico cuelga)

MECÁNICO: ¿Y qué le pasa al tractor? *(Bebe levantando el meñique)*

MARTA: No, no es el tractor, sino mi coche, que está detrás. *(El MECÁNICO acaba su bebida, limpia con cuidado la taza con un trapo blanco, también inmaculado que cuelga de su cintura y la guarda en su bolsillo. Sale. MARTA se queda esperándole. Lleva en la mano los papeles del coche)* Y el seguro caducado desde hace una semana.

MECÁNICO *(Volviendo a entrar)*: Pues no arranca.

MARTA: Y es blanco. Ahora dime algo que no sepa.

MECÁNICO: Seguro que es... el inyector del gasoil.

MARTA: Es gasolina.

MECÁNICO: Gasolina; vaya, vaya.

MARTA: ¿Hay algún problema? Si no le gustaba de gasolina me lo podría haber dicho hace unos años, cuando me lo compré.

MECÁNICO: No, no pasa nada. Es que éste es un pueblo de agricultores y casi todo lo que viene aquí son tractores, que llevan gasoil. *(Mira fuera, sin acercarse al coche)* Siendo así, igual es el carburador.

MARTA: ¿Estás seguro?

MECÁNICO: Al cien por cien.

MARTA: Y lo has averiguado desde aquí, sin acercarte al coche.

MECÁNICO: Es que los coches están tan sucios... Se mete la grasa por aquí *(se señala las uñas)* y luego no hay manera de limpiarlas. Y uno tiene que cuidarse las manos.

MARTA: Pero, tú eres el mecánico.

MECÁNICO: Ah, no, no el mecánico es mi padre; yo quería ser peluquero, pero soy su único hijo y quiere dejarme a mí el taller.

MARTA: Quiero ver a tu padre.

MECÁNICO: Pero no se preocupe, que ya distingo así, casi sin mirar, un coche de un tractor. Déjeme el coche y se lo tenemos arreglado en menos de una semana *(Mira a MARTA y mueve las manos delante de su cabeza)*

MARTA: ¿Una semana? Eso sí que no, me tengo que marchar como mucho mañana.

MECÁNICO: ¿Mañana? *(Le coge el pelo, lo peina con los dedos)* Para mañana, como mucho, podría hacerle un arreglito a este pelo... chica, este cabello no ha visto más cepillo que el de los dientes... ¡y de lejos! ¿Qué acondicionador usas? Bueno, da igual, cámbialo vistos los

resultados.

MARTA: Pero, ¿qué haces?

MECÁNICO: Qué pelo más estropeado. Pero con estas manos te lo voy a dejar...

MARTA: Deja en paz mi pelo y ponte con mi coche.

MECÁNICO: Sí, porque ahora que lo miro bien, creo que va a ser más sencillo arreglar eso *(por el coche)* que esto *(por el pelo. Sale y vuelve con una motosierra)*. Bueno, pues ya le aviso en cuando esté.

III

BELÉN: Por la hora que era, sin disponer de vehículo para desplazarse, no tuvo más remedio que alojarse en Villar del Manso. Sacó la maleta del coche y se dirigió al único motel que había en la población. Y gracias que había uno, porque ni la cantidad de habitantes ni los atractivos del pueblo, nulos por lo que Marta pudo observar al recorrer sus calles, le hacían candidato a tener siquiera uno. En la puerta, los dueños habían dibujado a mano una H dorada y cuatro estrellas bajo la letra.

(Suenan un timbre)

INOCENCIO *(Desde fuera)*: Han llamado.

PACO *(Desde fuera)*: Lo sé, no estoy sordo.

INOCENCIO *(Desde fuera)*: Tengo las manos mojadas, ¿puedes abrir tú?

PACO *(Desde fuera)*: Pues usa el secamanos, que para eso sirve, que yo estoy ocupado con la tele.

INOCENCIO *(Entra por la derecha: es un hombre viejo más que mayor. Se seca las manos mientras camina hacia la izquierda. Viste el torso sólo con una camiseta llena de lamparones, unas bermudas como pantalón, calcetines negros caídos y sandalias de cuero sin abrochar)*: Ay, hijo, ¿por qué no haría caso a aquellos titiriteros que querían cambiarte por una cabra de esas que suben escaleras? Habría sacado más provecho de ella. *(Abre. Entra MARTA con la maleta. Al ver que es una clienta, se peina y arregla los calcetines subiéndoselos)* Dígame, señorita.

MARTA: Señora, por favor.

INOCENCIO: Ah, está usted casada...

MARTA: No, pero no trabajo de telefonista. Vengo buscando el hotel.

INOCENCIO: ¿El hotel? Ah, sí, claro.

MARTA: Es aquí, ¿no?

INOCENCIO: Por supuesto. ¡¡Pacooooo!!

PACO *(Entra. Lleva un mando de videojuego. Joven de unos 18-20 años que viste tan "conjuntado" como su padre)*: Papá, ¿no te he dicho que estoy jugando?

INOCENCIO *(Hace un gesto con la cabeza para señalar a MARTA)*: Tenemos una clienta, y no te voy a permitir que me contestes así delante de clientes...

PACO: Y, ¿cómo sabes que es una clienta si nunca antes habías visto una?

INOCENCIO *(A MARTA)*: Estos jóvenes. No sé dónde nos van a llevar.

MARTA: Al asilo, no lo dude usted.

(INOCENCIO se lleva a su hijo a un lateral)

INOCENCIO: Ve ahora mismo y cógele la maleta a la señora.

PACO: Cógela tú.

INOCENCIO: Pero será... *(Por MARTA)* ¿Me disculpa? *(Salen. Vuelve INOCENCIO)* Con estos jóvenes hay que razonar, hablar con ellos, hacerles entrar en razón. Y, nada mejor, que, como vulgarmente se dice, tener con ellos mano izquierda, mucha mano izquierda. *(Entra PACO frotándose la cara)* Cuanto más grande y callosa la mano izquierda, mejor. *(PACO va hacia la maleta)*

PACO: Si a la señorita no le importa, prefiero subirla a ueste antes que a la maleta.

INOCENCIO: No seas impertinente, y coge la maleta.

PACO: ¿Está usted casada?

MARTA: Pero niño.

PACO: No soy un niño, ¿ve? En un par de meses podré afeitarme, ya me sale pelo. Y eso me hará aún más guapo.

MARTA: Vello, querrás decir.

PACO: Gracias.

MARTA: Me refiero a que eso no es ni pelo, es vello, pelusa más bien.

INOCENCIO: ¿Quieres coger la maleta y subirla al cuarto?

PACO: No sé si se lo ha dicho mi padre, pero sólo hay un baño. Cuando vaya a ducharse avíseme.

MARTA: ¿Para no coincidir?

PACO: Para darle el albornoz cuando salga de la ducha.

INOCENCIO: Que subas la maleta *(Se la da y le empuja fuera)* Disculpe. Ya sabe cómo son los niños, a esa edad les entra obsesión por el sexo.

MARTA: De la que ya no se recuperan nunca.

INOCENCIO: ¿Cómo dice?

MARTA: Que si he llegado en mal momento puedo volver más tarde.

INOCENCIO: No, no, ni mucho menos. Encontrará muy acogedor el hotel. En realidad es nuestra propia casa, que no usamos en su totalidad y decidimos ofrecerla como residencia de viajeros. Por cierto, no me he presentado; con el lío de lo del chaval y la sorpresa de su visita no he caído en ello. Me llamo Inocencio.

MARTA: Yo soy Marta. ¿Tengo que enseñarle el carnet de identidad?

INOCENCIO: No, no, faltaría más, me creo que usted se llame Marta. ¿Por qué habría de llamarse de otra manera? Bueno, sí, podría llamarse Laura, o Mónica, o Alfonso... no, Alfonso no; pero en ese caso habría dicho que se llama Laura, o Mónica, o lo que sea, ¿no le parece?

MARTA: Supongo.

INOCENCIO: Por cierto, hablando del asunto... ¿se va a quedar muchos días?

PACO *(Regresa, todavía con la maleta)*: ¿En qué habitación la tengo que dejar?

INOCENCIO: En la grande, en la buena, por supuesto.

PACO: ¿En la vuestra?

INOCENCIO: Pero, ¿cómo que en la nuestra? En la otra grande.

PACO: Pero, es que ésa es la mía.

INOCENCIO (*Le pellizca en el brazo*): No me discutas, no me discutas. A la otra, a la otra buena. Y saca todo lo que no sea de la señora, no quiero que encuentre nada, y menos tus revistas.

PACO: ¿También las revistas? Papá, si voy a volver enseguida...

INOCENCIO: También las revistas; no creo que a la señora le interesen los desnudos femeninos. (*Paco sale con la maleta*)

MARTA: Pues no, porque no soy ginecóloga, ni artista, ni hombre de cualquier edad.

INOCENCIO: Entonces, me decía que se iba a quedar, ¿cuánto tiempo?

MARTA: Un día.

INOCENCIO: ¿Nada más? Es muy poco, ¿no? Estamos en fiestas; yo pensé que venía a verlas.

MARTA: En realidad ha sido todo un poco precipitado. Venía buscando... bueno, venía de paso y he tenido un percance con el coche. Así que lo he dejado en el taller. En cuanto esté arreglado me marcharé.

INOCENCIO: En el taller. Bueno, pensé que se quedaría más tiempo... ¿No encuentra acogedor mi hotel?

MARTA: ¿El hotel? Ah, se refiere a esto. He visto probadores de tiendas más preparados. Una duda que tengo: he visto en la puerta... ¿cómo es que tiene cuatro estrellas este hotel?

INOCENCIO: No, si en realidad esto no es un hotel. Lo que pasó es que, cuando decidimos, viendo lo que había venido, que no íbamos a tener más hijos, nos dimos cuenta de que nos sobraba un cuarto y decidimos alquilarlo. Yo quería dibujar sólo dos estrellas porque me parecían más que suficientes, pero mi mujer, cuando supo lo que costaba el botecito de pintura dijo: "Nada, nada, se pintan cuatro y se gasta toda". Y, ¿para qué ha venido entonces al pueblo? Si no quiere ver las fiestas...

MARTA: Es un viaje de negocios.

INOCENCIO: Negocios...

MARTA: Bueno, vengo buscando a mi padre. Mire, igual le conoce. Tengo una foto suya. Es algo antigua. De cuando se casó.

INOCENCIO: ¿Del día de su boda?

MARTA: No, del día de su boda no, de cuando se casó. (*Saca del bolso una foto y se la enseña*)

INOCENCIO (*Mira la foto*): A ver, a ver... (*Sorpresa mayúscula*) ¿Éste es su padre?

MARTA: ¿Le conoce?

INOCENCIO: ¿Seguro que éste es su padre?

MARTA: Sí, ¿por qué? ¿No me diga que le conoce? (*INOCENCIO se santigua en la frente, en la boca y en el pecho*) Pero, ¿qué hace?

INOCENCIO: Sé que no me creería si se lo contara, así que lo mejor será que vaya usted esta tarde a la procesión y lo vea con sus propios ojos.

MARTA: ¿A la procesión?

INOCENCIO: Ya le he dicho que estamos en fiestas. Ahora a las ocho hay procesión en honor al santo.

MARTA: ¿Se ha hecho sacerdote? No puede ser, es lo último que habría pensado de ese hombre.

INOCENCIO: No siga deduciendo, que se quedará lejos de descubrirlo.

PACO (*Entrando con unas revistas en la mano*): Papá, las revistas, ¿dónde has dicho que las lleve? ¿A mi cuarto o al tuyo?

MARTA: Mientras no la lleves al mío.

PACO: Al suyo iría yo mismo, en persona.

INOCENCIO: Quiere decir que, como va a ocupar su cuarto, pues que igual una noche se cuele en su cama sin querer.... (*MARTA le mira sorprendida*) Por equivocación... (*Más sorprendida*) Por error.... Bueno, que no va a pasar, que no va a pasar. ¿Le acompaño a su habitación?

PACO: ¿Le acompaño yo?

MARTA: No hace falta. Si me indican cuál es tal vez la sepa encontrar yo sola.

INOCENCIO: La que hay al subir las escaleras. No tiene pérdida. (*Sale MARTA*) Un cliente, hijo, un cliente.

PACO: Una clienta papá, que es mejor.

INOCENCIO: Lástima que solo se va a quedar una noche.

PACO: ¿Sólo una noche? Pero, papá, no podemos permitir eso... Tiene que quedarse más tiempo, no podemos dejar que se marche.

INOCENCIO: Bueno, claro, más tiempo, más noches, más dinero; tendremos que ser amables, solícitos, atentos, los perfectos anfitriones. Que no quiera marcharse.

PACO: Papá, que nos conocemos. Seamos realistas, eso no va a pasar.

INOCENCIO: Tienes razón, si queremos que se quede, hay que buscar soluciones profesionales. Éste es un trabajo para Vicente.

IV

BELÉN: Villar del Manso celebra en agosto sus fiestas religiosas y taurinas y ese viernes, después de haber encerrado al toro que se paseó con desgana por sus calles, sus vecinos preparaban para la procesión religiosa. Quienes habían de participar en ella, se habían cambiado de ropa para vestir sus mejores galas ya que el resto de los vecinos, que se apostaban en las esquinas, les iban a mirar con lupa para realizar una sana competición en la que ganaba aquel vecino cuyo vestido menos fuera criticado. (*Suenan unas campanas. La procesión ha comenzado. En el escenario, el ALCALDE, sentado en una silla de ruedas y, tras él, el POLICÍA, una VECINA y MARTA. La VECINA le habla a MARTA quien no se muestra muy interesada*)

VECINA: Hoy no ha estado muy bien el encierro. (*Pausa*) Porque el toro no ha cogido a nadie. (*Pausa*) Y parecía que Luis, el cojito, no se iba a escapar, pero, al final, se ha metido entre los barros y se ha librado. Y hay que ver, siendo cojo, lo que corría. (*Pausa*) Y es una pena, vaya que sí. Porque, mira que es antipático ese chaval.

MARTA (*Suena el móvil*): Dígame... Ah, sí, del taller. Dame una alegría, dime que tu padre lo podrá arreglar... El alternador... Pero, ¿estás seguro? Mira que decías que era el carburador y... ¿Cómo que han votado y ha salido que es eso? ¿Dónde conseguiste el título de mecánico? Ah, es verdad, que no tenías título... Bueno, a mí me trae sin cuidado, lo que yo quiero mi coche para mañana. Si es el alternador, como si es la caldera del vapor, tú me arreglas el

coche para que pueda volver a casa mañana mismo.

(Suena una marcha de procesión mientras por el patio de butacas avanza VICENTE llevando el anda con el santo. El santo resulta atípico: viste con camisa de cuello grande, chaleco, pantalón acampanado, lleva unas grandes gafas, pelo largo y una gran, gran barba. Parece sacado de una fiesta de los años setenta. La procesión la encabeza DIANA, beata mayor de la localidad. Vestida de negro. Teja y mantilla que le cubre la cara. El POLICÍA baja para acompañar la procesión. A medida que se acercan al escenario la música va aumentando de volumen. Cuando el santo sube a escena, MARTA grita señalándolo)

MARTA: Pero, si es mi padre. ¡Es mi padre! Por Dios santísimo, ¡ése es mi padre!

VECINA *(Al principio sorprendida, pero luego con fervor):* Y el mío.

MARTA *(Saca la foto del bolso y se la enseña a la VECINA, que no la mira):* Es mi padre, es mi padre.

DIANA *(Con mayor fervor que la VECINA. Se arrodilla):* El mío también.

VICENTE *(Deja el santo en tierra y grita mientras besa el pie del santo. La música se detiene):* Y el mío. Es el de todos.

POLICÍA *(Indiferente):* Pues el mío no es.

MARTA *(A la VECINA):* Pero, ¿cómo va a ser su padre si podría ser su hijo?

ALCALDE: Es el padre de todos nosotros, como bien ha dicho Vicente. *(Le señala)*

VICENTE: Eso.

MARTA: Pero, pero, ¿cómo va a ser el padre de todos los de aquí? ¿De quién está hablando usted?

VECINA: Del santo, claro. ¿Y usted?

MARTA: También. Pero, ¿cómo pueden decir que es su padre si es el mío?

ALCALDE *(Se gira hacia MARTA):* Oiga, señora, el Padre Marín es padre de todos, no está bien querer apropiarse de su paternidad. *(Vuelve sonar la música. La procesión continúa. Salen la VECINA, DIANA y el santo a hombros del VICENTE)*

POLICÍA *(La toma del brazo y le indica que camine hacia el lateral opuesto al que salió la procesión):* Circule, por favor. Y no arme follón. *(El POLICÍA empuja al ALCALDE y salen siguiendo la procesión)*

MARTA *(Les sigue. Les enseña la foto y señala al santo sin que le hagan caso. Salen):* Pero, ¿no lo ven? Que alguien me haga caso, que me lo expliquen. Ese tío de ahí es mi padre.

V

BELÉN: Los policías que se la llevaron, después de comprobar que era forastera, achacaron a este hecho su reciente y sacrílega actuación y la dejaron libre. Marta deambuló por el pueblo sin todavía dar crédito a lo vivido una hora antes y sus pasos la acabaron por conducir a la ermita, donde entró decidida a aclarar todo aquel embrollo y a comprobar si realmente la imagen que habían sacado en procesión se correspondía con su padre o el cansancio y la oscuridad le habían jugado una mala pasada.

(La luz vuelve sobre el escenario. En un rincón, la imagen del santo. MARTA la mira comparándola con la fotografía)

CURA: Entonces, ¿ese hombre es su padre?

MARTA: La verdad es que yo no le conocí, pero mi madre me dio la fotografía y son

idénticos.

CURA: Señora, con barba se parecen todos.

MARTA: ¿Y esta nariz? ¿Qué me dice de ella? *(Señala su nariz y luego la foto)* ¿No es igual a ésta?

CURA: Sí, eso puede indicar que es familiar del de la foto.

MARTA: Y, ¿no es igual a la de la figura? No me negará que son idénticas. Aquel hombre, señor mío, es mi padre. Y le exijo que me explique lo que está ocurriendo aquí.

DIANA *(Entrando)*: Ah, aún está aquí esa saboteadora. ¿Viene a quemarlo? ¿O sólo a insultarle?

CURA: Vamos, doña Diana, no sea tan picajosa. Marta no ha hecho nada malo, pero, en todo caso, está arrepentida.

DIANA: ¿Marta? ¿Así se llama? Bueno es saberlo, no me parece de buena educación insultar a alguien sin saber su nombre. Marta, es usted una...

CURA: Por favor, Diana, estamos en la casa de Federico *(señala al santo)*.

DIANA: A ver, explíquese; no diga que no soy democrática: primer se explica usted y luego yo le insulto con argumentos. ¿Le parece bien así, al señor?

CURA: La señora afirma ser hija de Federico Marín, el padre Marín *(con la cabeza señala la imagen)*

DIANA: ¿Cómo se atreve? Eso es intolerable, ya lo dicen las escrituras: no se debe tomar el nombre de Federico en vano. Y ella lo está utilizando, ¿verdad, don José?

MARTA: Ni siquiera tuvo la decencia de cambiarse el nombre.

DIANA: ¿Por qué habría de haberlo hecho?

MARTA: Ese hombre, señora, ese hombre que ustedes llaman santo, tuvo la feliz idea de dejar a mi madre embarazada de mí y abandonarnos antes de que yo naciera. Hace de eso...

DIANA: ¿Setenta y cinco años?

MARTA: Hablaba de mí, señora, no de usted.

DIANA: Pero, don José, ¿ha visto usted qué desfachatez la de esta energúmena? No sólo insulta al padre Marín, sino que tiene la desvergüenza de...

CURA: Ha empezado usted, doña Diana. Pero no nos exaltemos...

DIANA: No, si no lo digo por lo de la edad, sino por presentarse aquí diciendo que es hija del patrono.

MARTA: ¿Patrono? O sea, no sólo santo, que ya me cuesta creerlo, sino patrono de este pueblo. Pero, ¿a quién se le ocurrió semejante disparate? Hacer santo a un hombre que abandona a su mujer y a sus hijas, que no da señales de vida durante años y que, cuando vuelve a ponerse en contacto con ellas es para decirles que no le molesten.

DIANA: ¡Era un santo! Federico, perdónale porque no sabe lo que dice.

MARTA: Pues sería durante la jornada laboral, porque el resto del tiempo era un poquito cabrón, perdóneme la expresión. Aunque quizá tengamos un concepto diferente de santidad...

DIANA: Pero, ¿cómo se atreve?

CURA: Era un santo, un santo moderno, aunque no fuera del todo bueno. Y ahora, antes de continuar con esta discusión, creo que la señora Marta debería explicarnos con un poco más de detalle el por qué de su presencia aquí.

MARTA: A ver, ¿hizo algún milagro? Porque uno no puede ser santo si no ha realizado algún que otro milagro.

DIANA: Muchos, muchos, una barbaridad de ellos; don José le podrá relatar alguno de los más famosos. No sea tímido, cuénteles, cuénteles cuando lo del pozo seco.

CURA: Es un pozo que hay a las afueras del pueblo, que llevaba años seco y el Padre Marín...

DIANA: Ya lo cuento yo que usted se pierde con los detalles, es sólo para que la señora se haga una idea. Bueno, es igual, no tengo que darle yo razones para...

MARTA: Ya... Pero, aunque fuera cierto lo de los milagros, creo que para ser santo no basta con decir que ocurrieron, los tiene que reconocer la iglesia, ¿no es así?

DIANA: Muy lista la señora, muy lista. Pero, ¿quiere hacer el favor de decirme lo que tiene que ver la iglesia con las creencias religiosas? Mire, señora, acabo de ver que los policías de este pueblo no han evitado que atacara al Padre Marín, la han retenido apenas diez minutos y no han sido capaz de vigilarla para que vuelva a intentarlo ahora en la misma ermita. Así que, viendo que son totalmente incompetentes, yo misma le diré que, o se marcha inmediatamente de este pueblo o haré que la expulsen. *(Entra DOÑA PENÉLOPE)*

DOÑA PENÉLOPE: Están todos equivocados, equivocados de todas todas.

CURA: ¿Qué quiere, doña Penélope? No irá a empezar otra vez.

DIANA: No siga con sus fantasías, que no interesan a nadie, ¿no ve que esto es importante?

DOÑA PENÉLOPE: Ese hombre no era santo, no era, no. Y mucho menos virgen, si lo sabré yo.

MARTA: ¿Cómo dice, señora?

DOÑA PENÉLOPE: Fuimos amantes durante años, muchos años: yo engañaba a mi marido, que descansase en paz porque menuda vida le di, y él engañaba a su... bueno, a nadie porque no estaba casado. Incluso me regaló este bolso de piel marrón, y yo todavía le espero, porque sé que no ha muerto.

CURA: Que sí, que sí, que en eso estamos todos de acuerdo; váyase a la estación y espérele sentada, que seguro que viene en el primer tren. *(Las empuja fuera)*

DOÑA PENÉLOPE: No se ha muerto, no se ha muerto. *(Sale)*

CURA *(Toma a DIANA de la mano y tira de ella para sacarla también de escena):* Y usted, Diana, váyase a dormir, que es muy tarde. El incidente de la procesión le tiene en un estado de nervios que no le hace ver bien, verá como mañana lo ve todo de otra manera.

DIANA: Ver, ver, yo no sé si lo veré pero si esa señora está en el pueblo mañana le saco los ojos y tiene que volver a su casa con perro lazarillo. *(Salen)*

MARTA *(Mira a la imagen):* Papá, ya te estás bajando de ahí. *(Pausa)* Pero, ¿cómo te dejaste hacer santo? ¿En qué estabas pensando? Bueno, tal vez en este pueblo se empeñaran y él no pudiera convencerles de lo contrario. *(Pone voz de hombre)* Que no, buena mujer, que el calendario ya está lleno de santos. Pueden hacerme jubilado si quieren, que se trabaja poco y se viaja mucho. Aunque hay un riesgo muy grande de morir en accidente de autocar... Mire, mejor déjenme como estoy. *(Voz de mujer)* Que es usted muy bueno, don Federico, no insista, no hay más remedio que hacerle santo. *(Con su voz)* Lo cierto es que, sea cual sea la causa, le han hecho santo. Porque ahí está, sobre ese pedestal, tieso como la mojama pero orgulloso. Tal vez un santo no sea alguien que se prodiga en buenas y milagrosas acciones sino una persona cuyos actos son vistos con buenos ojos.

CURA: Claro que, en ese caso, no sería un santo, sino un hipócrita falso y, sobre todo,

maquiavélico y embaucador. *(Entra con unas telas)* ¿Me ayuda?

MARTA: ¿A qué?

CURA: Como creo que tiene varias dudas y no se van a responder rápido, ayúdeme a vestir los santos. Les pongo esta tela porque durante el día lanzan fuegos artificiales aquí al lado y, con lo vieja que está la ermita, siempre entra humo y restos de los petardos. En lugar de limpiar, prefiero cubrirlos.

MARTA: Pero, don José, usted no está a favor de esta historia, ¿verdad que no?

CURA: Mujer, ni a favor ni en contra.

MARTA: ¿Usted cree sinceramente que ese hombre puede ser un santo? Si es mi padre.

CURA: Eso no le hace menos capaz.

MARTA: Pero, toda esa gente que dice creer en él, ¿no pueden estar equivocados?

CURA: El cliente siempre tiene razón, ¿no ha oído nunca esa sentencia? No viene en la Biblia, pero es tan cierto que podría ser San Juan 15.22

MARTA: Vamos a ver, ¿quiere usted decir que no le importa que ese hombre sea o no santo en realidad sino que, simplemente, se deja llevar?

CURA: Hija mía, yo no soy más que un funcionario de la iglesia: trabajo poco, cobro bien y de manera regular y no tengo que preocuparme por el negocio: ¿sabe de alguna iglesia que haya cerrado por quiebra?

MARTA: No le entiendo. Bueno, sí le entiendo, pero me extrañan sus palabras.

CURA: Imagine que usted estudia una carrera y sabe que, en cuanto obtenga el título, tiene el establecimiento montado. Además, serán sus propios clientes quienes estén deseosos de mantener aseado y en perfectas condiciones su negocio. Y hasta el problema de la vivienda, acuciante y desesperanzador hoy en día, lo tiene solucionado puesto que serán sus clientes quienes se la proporcionen. Es más, le respalda una empresa multinacional que le proporcionará los conocimientos propios del sector y las pertinentes actualizaciones, pocas por otro lado, sin añadir costo alguno. Y tiene sucursales en todos los rincones del mundo. ¿No estudiaría usted esa carrera?

MARTA: Hombre, visto así. *(Pausa)* Ahora entiendo por qué no estaba en la procesión.

CURA: Estando Diana delante del santo representa la fe mucho mejor que yo mismo.

MARTA: Pero, mi padre, ¿todavía vive? Porque, a ver, a lo que yo he venido no es a revisar las creencias de este pueblo ni a juzgar su conducta, sino a encontrar a mi padre. ¿Sigue viviendo aquí?

CURA: En cierto modo. *(Se dirige junto a BELÉN y toma el bote de las cenizas)*. Su padre.

MARTA: Federico Marín. 1954-2003. Parece una coctelera. ¿Este bote es lo que creo?

CURA: Ahí dentro están las cenizas de su padre.

MARTA: Pesa muy poco, ¿es eso normal?

CURA: Da que pensar, ¿verdad?

MARTA: Entonces hace ya tiempo que murió.

CURA: Poco después de lo del programa que me contó usted. Aquí todos lo vimos, pero nadie dijo nada por temor a que se marchara.

MARTA: Bueno, pues gracias por todo, don José. *(Guarda el bote en su bolso)*

CURA: Disculpe, pero, ¿qué hace?

MARTA: Mire, don José, por mí pueden seguir sacando en procesión esa imagen, pero yo he venido a buscar a mi padre y, dado que lo he encontrado, me marchó.

CURA: Puede que usted sí se marche, doña Marta, pero su padre, o lo que queda de él, no se va de esta ermita. Buenos se pondrían los client... los feligreses si se enteran que he dejado que se lo lleve.

MARTA: Pero bueno, ¿va a negarse a que me lleve las cenizas de mi padre?

CURA: Entiéndame, si sólo fuese su padre no me importaría que se las llevara donde le diera la gana, pero se trata del Padre Marín, patrono de Villar del Manso y ése sí que no puede marcharse de aquí. Mire, vamos a hacer un trato: usted iba a quedarse esta noche en el pueblo, ¿no es así?

MARTA: Sí.

CURA: Pues duerma tranquila, que nadie se las va a llevar de aquí, éste es su sitio (*coloca el bote a los pies del santo*), y mañana con calma y tranquilidad discutimos el asunto, ¿le parece? (*Salen*)

VI

BELÉN: Marta se marchó caminando hacia el hotel. No le había convencido la propuesta de don José. Pensaba que podría denunciar el caso y que así recuperaría las cenizas... pero esa solución le llevaría mucho tiempo y no tiempo era algo que no tenía. Tratar de llevárselas por la fuerza tampoco le servía pues tenía a todo un pueblo de integristas que adoraban a su padre y que se lo impedirían. Tan ensimismada caminaba por el pueblo que no vio, al doblar una esquina a un joven que se cruzó en su camino y con quien tropezó. (*Actúan detrás de BELÉN*). Ella se disculpó porque no quería más encontronazos con los vecinos del pueblo y el joven, reconociendo que la culpa era suya, insistió en invitarla a tomar algo en el único bar que vieron abierto. Como ya había concluido que no iba a solucionar nada aquella noche, aceptó la invitación.

(*Se sientan en una mesa de bar*)

MARTA: Así que te llamas Vicente. No tienes que disculparte por el tropezón, es algo que puede pasar.

VICENTE: En realidad, el tropezón no ha sido casual. Lo he hecho a propósito.

MARTA: ¿Por qué? ¿Te manda Diana?

VICENTE: Te vi la otra noche, en la procesión. Yo llevaba el santo. Y, la verdad, me quedé prendado de ti.

MARTA: Es lo más bonito que me han dicho en años.

VICENTE: Tampoco es para tanto, mujer, es lo primero que se me ha ocurrido. No es nada del otro mundo.

MARTA: Para que veas lo que se prodiga el sexo masculino en piropos hacia mi persona.

VICENTE: ¿No te dicen muchos?

MARTA: Pues la verdad es que...

VICENTE: Está bien este sitio, ¿verdad?

MARTA: Pues sí, no está mal. Tranquilo y retirado, para que nadie nos moleste. Me gustaría más si hubiera algo más de luz en este rincón porque está un poco oscuro y...

VICENTE: Entonces, ¿eres hija del Padre Marín? Qué fuerte, ¿no? (*Le esconde detrás de la*

hoja del menú. Saluda a alguien de fuera)

MARTA: ¿Qué haces?

VICENTE: ¿Quieres tomar algo?

MARTA: Ya estoy tomando.

VICENTE: Ah, claro. *(Mantiene el menú delante mientras mira a su alrededor)*

MARTA: ¿Quieres quitar esto? *(Baja el menú)*

VICENTE *(Como si no hubiera pasado nada):* Del Padre Marín, vaya, vaya.

MARTA: Bueno, no es tan raro. Más raro habría resultado de haber sido la hija de la virgen del Carmen. Ese hombre estaba casado con...

VICENTE: ¿Sabes que tiene unas tierras aquí, en el pueblo?

MARTA: No, la verdad es que no sabía nada.

VICENTE: Pues sí.

(La esconde detrás del menú nuevamente, Vuelve a saludar)

MARTA: Ya está bien del juegucito...

VICENTE: Aquí, aquí *(señala el menú)*, ¿lo ves?

MARTA: ¿El qué?

VICENTE: Han puesto cerveza con be.

MARTA: Está con uve.

VICENTE: Ah, lo habrán corregido.

MARTA: ¿Te pasa algo?

VICENTE: ¿Qué quieres tomar? No valen mucho.

MARTA: ¿Qué dices?

VICENTE: Las tierras, están en la ladera del monte. Allí solo se pueden criar piedras, lagartijas y alimañas. Plantaron viña hace unos años pero no dieron casi uva. Si hubieran plantado olivos... Eso crece en cualquier parte.

MARTA: O calabazas. Porque, aunque no nacieran, se podría decir que es un campo que da calabazas, jeje. *(Ríe su chiste. Al ver que él no cae, vuelve a ponerse seria)* Aunque claro, nada como los olivos porque donde estén los olivos.

VICENTE: Tengo que marcharme. Es tarde y mañana trabajo. ¿Estarás mucho tiempo por aquí? Bueno, ya nos encontraremos. *(Sale sin pagar y sin mirar atrás)*

MARTA *(Saca el móvil. Llama):* Mamá, soy yo... ¿Tarde? Nunca es tarde si lo dicho es bueno. O lo que se va a decir, como es el caso... Ay, calla, que ya me han cortado suficiente por esta noche... Haz como si me escucharas; si tienes sueño, te duermes, pero déjame hablar, que tengo algo muy importante que contarte... De eso se trata, puede que tenga novio... Mamá, mamá, imamá! Deja de saltar y de gritar, que te vas a caer de la cama... ¡Mamá!... ¿Ya estás más calmada? Bueno, no es novio, sólo he salido con él esta noche... Sí, de noche... Voy hacia mi cuarto, a acostarme... ¡Sin él, por supuesto! Bueno, ya está bien, si no quieres que te cuente, lo dejo. Hala, a dormir. Y sí, he encontrado a papá... Nada, no le he dicho nada, no le he podido decir nada... Ya te lo explicaré cuando vuelva... Pues en el pueblo le quieren mucho e incluso tiene unas tierras... Que no, que no te cuento más sobre él, que no hemos salido más que un ratito.

VII

BELÉN: El viaje a Villar del Manso ya no parecía tan infructuoso como unas horas antes: su padre había aparecido, le había hecho tilín a un chico del pueblo que era guapo aunque un poquito raro, había unas tierras que podrían incluso vender y con las que sacar un pellizquito de dinero extra que aliviara su maltrecha economía. Faltaba tan sólo el fleco de demostrar que su padre estaba contenido en el bote funerario pero, tal y como se había dado el primer día en Villar del Manso, estaba ilusionada y esperanzada con que el segundo fuera aún más sencillo. Pero no todo iba a resultar tan fácil. Ese sábado iba a estar repleto de sorpresas, la primera de las cuales estaba a punto de descubrirla esa misma mañana: su madre le llamó para decirle que su hermana Laia había ido a buscarle a Villar del Manso. Cuando Laia acababa de cumplir los dieciséis decidió que ya había estudiado suficiente, que era el momento de buscar trabajo pues eran tres bocas en casa que alimentar: la de su madre, la de Marta y la suya propia. Y aquello era demasiado para un único sueldo, el de su madre. Había acudido con regularidad al colegio, palabra que describía tanto la frecuencia, como los resultados porque su madre quería que tuviera estudios pero al ver que su hija y el colegio no estaban hechos el uno para la otra, le pidió que, al menos, acabara la primaria porque así aprendería a leer y escribir; a hacer cuentas y que la capital de España es Madrid. Y así lo hizo: acabó los estudios, leyó gracias a ello una carta que Diego, su tío el camionero, les había escrito las Navidades pasadas, sacó cuentas y decidió que debía irse a Madrid porque, al ser la capital de España, oportunidades no le iban a faltar. Y su madre se vio abandonada por segunda vez en quince años.

(La misma mesa de bar. Está sentada LAIA. Entra MARTA)

MARTA: ¿Tan temprano aquí? ¿No podías esperar a verme?

LAIA: No, en cuanto mamá me llamó para decirme que le habías encontrado no pude resistirme y vine a este pueblo.

MARTA: ¿Y qué haces tú aquí?

LAIA: He venido a buscar al hombre que abandonó a mi madre cuando estaba embarazada de ti.

MARTA: Pero, ¿cómo te atreves a aparecer así, después de tantos años? Te marchaste, volvías de cuando en cuando, nunca para darnos ni un euro, incluso la última vez pidiendo dinero para un nuevo negocio, el vigésimo séptimo en los últimos tres años, y te marchabas de nuevo sin despedirte ni agradecerlo.

LAIA: Qué fuerte, ¿no? Ya me he enterado que este pueblo ha hecho santo a papá.

MARTA: Este pueblo no, tú le has hecho santo con tus andanzas.

LAIA: Qué cosa más curiosa, ¿no?

MARTA: ¿Qué haces aquí?

LAIA: ¿No te alegras de verme?

MARTA: Tanto como si me pusiera un sujetador de zarzas... *(LAIA se levanta para besar a su hermana, pero MARTA aparta la cara)* ¿Qué haces aquí? *(LAIA echa azúcar en el vaso y da vueltas a su desayuno mientras MARTA le observa sin sentarse)*. Has progresado mucho, la chaqueta ya conjunta con la falda.

LAIA: ¿Verdad que sí?

MARTA: ¿Qué haces aquí?

LAIA: Mamá me llamó anoche y me dijo que papá tiene tierras en el pueblo, ¿es verdad?

MARTA: ¿Y a ti qué más te da?

LAIA: Pues sí que me da, porque, si son de papá, son también mías. ¿No te sientas?

MARTA: Estoy bien así. Explícate.

LAIA: Y quiero mi parte, porque necesito algo de dinero y me vendría muy bien venderlas.

MARTA: Vamos, por favor, ¿has hecho todo este viaje porque necesitas dinero?

LAIA: ¿Son buenas tierras?

MARTA: La verdad es que no. Están en un terreno escarpado y me han dicho que no crían más que piedras.

LAIA: Bueno, no me importa; las casas que empaquetan lentejas siempre andan necesitados de piedras para meterlas en los paquetes.

MARTA: Ya, pero el problema es que no son tuyas; ni tan siquiera mías, sino de mamá.

LAIA: Tú puedes convencerla para que me adelante mi parte de la herencia y así no os pediría nada nunca más.

MARTA: Si eso fuera cierto, firmaba ahora mismo. Pero no voy a hacerlo, porque sé que no lo cumplirías. Nos destrozaste la vida hace años y no quiero saber nada de ti. Y convenceré a mamá para que, si es necesario, las done al pueblo para que construyan un monasterio, un castillo medieval o lo que les parezca más oportuno.

(Entra por la izquierda el ALCALDE, sentado en una silla de ruedas y empujada por el POLICÍA. Entra VICENTE a recoger los restos de la mesa. Ve a LAIA, la mira, ella le devuelve la mirada y la mantiene durante unos segundos)

ALCALDE: ¿Es usted Marta, la que va diciendo por ahí que es familia del Padre Marín?

MARTA: Es que lo soy.

ALCALDE: Ah, sí, la recuerdo: fue usted la que montó ayer el follón en la procesión. Por el amor del Padre Marín, ¿qué pretende usted de nosotros con tanta historia para no dormir? *(Por VICENTE, que aún no ha dejado de mirar a LAIA)* Acaba de una vez de limpiar la mesa y nos traes algo. *(Apoya los brazos en la silla y trata de incorporarse. MARTA se acerca para ayudarle pero el ALCALDE le indica con la mano que no le necesita)* Puedo yo solo, gracias. *(Se levanta y camina sin dificultad)*

MARTA: No me diga que mi padre le curó las piernas.

ALCALDE: No habría estado mal, ¿verdad? Pero no, éstas nunca han estado mejor *(Se golpea los muslos y da un giro de baile)* Es que es mucho más cómodo viajar empujado que usando las piernas de uno. No sé quién dijo que jamás se arrastraría ante nadie. Pero, si le hubieran preguntado por rodar, seguro que habría aceptado gustoso. Bueno, señora, porque, puedo llamarle señora, ¿verdad? Soy el alcalde de este pueblo. Me considero un hombre religioso, creyente en Dios, por eso estoy de acuerdo con las dictaduras: yo, como él, sé lo que es bueno para sus seguidores y lo llevo a la práctica, le pese a quien le pese. He sabido, por boca del párroco, que ayer se quiso usted llevar las cenizas del Padre Marín.

MARTA: Bueno, bueno, es que ese hombre es mi padre.

ALCALDE: Usted será hija de quien sea y será madre cuando el Padre Marín disponga, pero esas cenizas orgullo de este pueblo se van a quedar aquí mientras yo, Augusto Benavent, sea el alcalde de esta población, que lo seré siempre que las urnas me den su confianza, quiera o no el pueblo. Y voy a solucionar esto en un santiamén. Y no me proteste *(pinza con sus dedos los labios de MARTA para callarla)*, yo a usted le pago lo que haga falta y todo arreglado. *(Mete la mano en el bolsillo del chaleco y saca unas fotos)* Son unas estampitas del padre Marín. Las hacemos aquí, es una de nuestras industrias más prósperas.

MARTA: Yo sólo he venido a... *(Habla con dificultad porque tiene la boca pinzada)*

ALCALDE: Vamos a ver, ¿a usted le importan mucho las cenizas? Dejando de lado el hecho de que puedan ser de su padre, no son más que unos restos quemados de lo que un día fue un hombre. ¿Qué va a hacer con ellas? ¿Colocarlas sobre la repisa de la chimenea? Lo que yo vengo a decir es que su padre murió y esas son sus cenizas, de acuerdo, pero alguien podría haber quemado las patas de una mesa, por ejemplo, haber machacado los restos de un perro y luego asegurar que se trataba de su padre, ¿de acuerdo hasta aquí?

MARTA: Tiene usted la sensibilidad entre los glúteos, señor mío.

ALCALDE: Pues ya está, ¿qué más le da que sean esas cenizas u otras? Le hacemos un bote parecido, metemos dentro unas similares y se los lleva a su viuda para que pueda colocarlas en la repisa, ¿ve qué fácil? Y deja usted el bote en la ermita, que es el lugar que le corresponde. Además, usted se queda aquí un par de días y disfruta de las fiestas.

LAIA: ¿Ha dicho usted fiestas? ¿En este pueblo hay fiestas? *(Se levanta)* Hermanita, si este hombre dice que no puede ser, pues no puede ser, ¿qué le vamos a hacer? Se te hace un botecito, lo llenamos con unas cenizas bien negras, se lo llevas a mamá y asunto arreglado.

MARTA: Pero, ¿qué estáis diciendo los dos? ¿Cómo podéis pretender que... ?

LAIA: Que sí, que sí, que yo también estoy muy desilusionada por no tener las cenizas de papá, pero no nos las podemos llevar, ¿verdad señor alcalde?

ALCALDE: No.

LAIA: ¿Lo ves? Yo también lo he intentado, pero no hay manera. *(Se coloca junto al ALCALDE, le pasa el brazo por detrás del cuello, como gesto de amistad)*. Bueno, don Benavent, puedo llamarle don, ¿verdad? Si aquí hay fiestas necesitarán música para que la gente baile, ¿no es eso? *(Baila)* Pues aquí estoy yo.

ALCALDE: Pero, ¿quién demonios es usted para darse tamañas confianzas?

LAIA: Ah, sí, perdón, no me he presentado. *(Saca una tarjeta y se la da)* Laia Marín, representante.

ALCALDE: Usted es entonces hermana de... *(por MARTA)*

LAIA: Sí, desde que ella nació. Pero no me lo tenga en cuenta. Cada persona lleva su cruz.

ALCALDE: Pero ninguna tan grande como la de Jesucristo

LAIA: En esto tiene toda la razón. Bueno, como le iba diciendo...

MARTA: Pero, ¿va usted a dejar este asunto así?

ALCALDE: Hala, hala, que las mujeres se lo toman todo muy a pecho. *(Da unos golpes en la espalda a MARTA para "consolarla")*

LAIA: En eso tiene razón, hermanita.

ALCALDE *(El ALCALDE se ríe. Se da cuenta del "chiste")*: Claro, muy a pecho, ¿de qué otra manera puede una mujer tomarse algo? *(Ríe de nuevo)*

LAIA: Claro, claro. *(Se ríe sin saber exactamente de qué)*

MARTA: Esto no va a quedar así. Ahora mismo llamo a Madrid, a un abogado para que resuelva este asunto inmediatamente. *(Sale)*

LAIA: Bueno, nosotros a lo nuestro. Yo soy la manager de un grupo de música; son tres jovencitos que se llaman "El camelo" y que cantan eso tan actual que no sé cómo se llama. ¿Reguetón? Es que yo me quedé en la rumba y el bolero, ¿sabe don Augusto?, y no entiendo mucho de cante moderno. Han sacado dos discos ya: "Mi amor no es un capricho" que fue el primero y "Ah, pues, sí era un capricho", el segundo, en el que se incluyeron ocho canciones del primer disco. Con un grupo así, de esa categoría, que le dará lustre a este pueblo y lo

situará en el mapa, y, siendo yo hija de quien soy, algo se podría arreglar, ¿no?

ALCALDE: Mire, señora, otro día hablamos, que hoy tengo prisa por volver a casa, que mi mujer me espera para almorzar...

LAIA: Pues nada, nada, vamos a almorzar, no la hagamos esperar. Y ya pago yo, no se preocupe... Pero no crea que porque no entiendo de música quiere eso decir que sean unos petardos, no señor. ¿Quiere usted que le diga una cosa? A modo de confidencia. Tienen adoración, verdadera adoración por la música: cada vez que paran en una gasolinera, se compran un cassette nuevo. No me dirá que no deben tener una formación sólida y de confianza, con tal base musical, ¿verdad? ¿Un purito?

ALCALDE: Ya veo, ya, pero, es que este año ya está todo contratado, ¿sabe? Si quiere para el año que viene...

LAIA (*Empuja al policía, que iba a colocarse detrás de la silla para empujarla y y se pone ella en su lugar*) Pues siendo así, no sé ya qué decirle, llevan cinco meses en escena y no sé cuántos les quedarán. Ya veremos si llegan a Navidad...

ALCALDE: Claro, claro, que en cinco meses habrá otro grupo... Es que hoy hacen ídolo a cualquiera.

LAIA (*Golpea el asiento de la silla de ruedas*): Pero siéntese, siéntese, que esto lo discutimos hablando mientras almorzamos. (*El ALCALDE se sienta. Salen los tres, LAIA empujando la silla. Vuelve entonces VICENTE, con un delantal. Sale ocultándose detrás del trapo y mira fuera para ver si se han ido ya. Limpia la mesa. Entra INOCENCIO*)

INOCENCIO: No hagas planes para esta noche.

VICENTE: Pero yo había quedado con Dolores.

INOCENCIO: Habías, habías, tú lo has dicho, pero tus prioridades han cambiado: Marta dice que se va mañana por la mañana. Se ve que anoche no estuviste muy galante, porque no la impresionaste nada. Así que, si como novio no sirves, a ver si como ladrón tienes algún valor. He pensado que la única forma de retenerla y hacer que siga hospedada en el hotel es hacerse con las cenizas y así se verá obligada a quedarse.

VICENTE: ¿Qué cenizas?

INOCENCIO: Las del Padre Marín, por supuesto; esta noche las robarás y, cuando vea que han desaparecido, tendrá que quedarse para averiguar lo que ha pasado.

VICENTE: Ah, no, eso ya es demasiado. Me niego, me niego en redondo. Además, todos esos asuntos sobrenaturales a mí me dan mal rollo. Ya le digo que hoy había quedado con Dolores y eso es lo que voy a hacer, salir con ella. Porque no me parece bien que estemos a un mes de casarnos y yo por ahí ligando con otra y con esas ideas de bombero.

INOCENCIO: Precisamente, a un mes de la boda, ¿crees que le haría ilusión a Dolores saber con quién estuviste anoche tomando unas copas en esta misma mesa? Tengo testigos que pueden corroborarlo...

VIII

BELÉN: Lo que la noche del viernes parecía claro como el día, durante el día se habría de volver negro como la noche. Marta había llamado a Madrid como amenazó pero, siendo sábado no pudo encontrar abogado que, al menos, la aconsejara en los pasos a seguir. Una llamada al mecánico no mejoró nada porque le adelantó que, hasta el martes, no llegaría la pieza que estaban esperando para completar la reparación. Cuando parecía que todo iban a ser desgracias ese día, la noche llegó con sorpresas.